



Uno de los ocho "chasiretes" en el jardín de los bichos

TOMAS MILANI

# Los "CHASIRETES" de PLAZA ITALIA

Si alguna vez tuviera que trazar la semblanza de "Mi personaje inolvidable" plagiándole el rubro a "Selecciones", mi sujeto sería Ostilio Parodi, aquel "chasirete" que por los años 30 enarbolaba su vetusto trípode a la sombra altanera de Cristóbal Colón en la plaza homónima. Pero, como el tema de esta nota es el mundo de los "chasiretes" con particular referencia a los de Plaza Italia donde la figura que proyecta una sombra de reto es la de Garibaldi, tendré que limitarme, en homenaje a la memoria de Ostilio, a recordar un breve episodio de su vida del que fui testigo y me impresionó hondo por sus ribetes emotivos.

Inmigrante genovés, se había dedicado a la fotografía de plaza por ser "arte reposado, espiritual y de regular aliento pecuniario". Así lo manifestaba él. Estaba realmente satisfecho con su "arte". Enamoradísimo. Sólo lo entristecían los días lluviosos. Y se comprende.

Cuando llovía no se salvaba de sus votos ni uno de los inscriptos en el venerado Santoral. Los reunía a todos en este compendioso juramento: "**¡Maledetto il calendario!**". Ni siquiera Cristóforo Colombo por quien profesaba, siendo genovés, un culto exaltado, escapaba a las furias de su blasfemia.

Era sesentón cuando lo conocí. Quiso invertir todos sus ahorros, un millar de pesós, de los no inflacionados, en un viaje colectivo a Italia. Y hubo que ayudarlo entre todos con unas cuantas liras adicionales para que pudiera desenvolverse mejor durante la jira con los demás turistas. Más era enormemente feliz. Grandotes como garbanzos, le regaban las mejillas las lágrimas al desembarcar y al arrodillarse para besar el piso de la dársena. Había vuelto a ver la "Lanterna" de su Génova y a saborear la auténtica fugaza con cebolla de la Riviera.



## Los "CHASIRETES" de PLAZA ITALIA

En Roma, entre los demás números del programa, figuraba una visita al Palazzo Venezia para escuchar el saludo que Mussolini dirigiría a la comitiva. Cuando el Duce hubo terminado y las visitas, habiendo aplaudido conforme a las modalidades de la hora, iban retirándose calladamente, de súbito oyóse, en el aura de tan compungida reverencia, una voz de trueno disparar un "¡Viva!". El estruendo hizo resonar los cristales de la gran Sala del Mappamondo y estremecer las vísceras de los excursionistas. Sobresalto tremendo. Algunos palidecieron. Los primeros segundos de semejante **exabrupto** habían hecho relampaguear, como destello de "flash" en los espíritus desprevenidos, la sensación de lo trágico. Suspiros de alivio y ácidas sonrisas, en los segundos sucesivos.

Ya de regreso en Buenos Aires, por muy poco tiempo aún se lo pudo encontrar en el escenario de los "chasiretes". Años más tarde, al curiosear en uno de esos cambalaches de antiguallas heterogéneas de la calle Reconquista, descubrí la cámara de "Mi personaje inolvidable". Fácil de reconocer: en uno de sus costados, una plaqueta de bronce, negra de abandono, indicaba el nombre de Ostilio Parodi.

No logro disociar la imagen del "chasirete" de Plaza Italia de la figura ecuestre de Garibaldi y de las palo-

mitas que, en sus raudas evoluciones, hacen del plumado chambergo del héroe, pista de aterrizaje, tálamo nupcial y artefacto sanitario. Estas de Plaza Italia me recuerdan, entre otras, las palomas de Venecia. No me refiero a las muy promocionadas palomas turísticas de la Plaza San Marcos, sino a las anónimas que se conforman con apuntar modestamente al tricrónico "settecentesco" de Carlos Goldoni, en un rincón muy recatado, huérfano de "chasiretes", entre canalejos y puentecillos. De ello cabe deducir cómo, cuando se trata de aeródromos, bodas y vasijas, las palomas no demuestran preferencias entre una testa de guerrero, una de comediógrafo y otras más de fabuloso personajes eternizados en la monumentología universal.

Sería cosa de nunca acabar si uno quisiera ocuparse de las preferencias de un gran número de aves del cielo y de bichos de la tierra. No obstante, se le dará cabida a una corta ejemplificación. Los "chasiretes" no habrán de enfadarse por descuidárselos brevemente. En el cementerio de un pueblo bonaerense, un ángel de mármol remata la cima de una bóveda monumental. Pues bien, en los brazos de esa figura celeste, ha construido su vivienda un matrimonio de horneros. Por sugestión poética uno diría que los dos pájaros han querido ponerse bajo la protección del Ángel de la Guardia. En los pequeños camposantos de la provincia apacible, es frecuente observar casos de

horneros que anidan entre las representaciones piadosas que decoran las tumbas, en lugar de aprovechar un poste de alambrado como lo hacen sus congéneres. Es una frecuencia a la que, fuera de la interpretación lírica, resultaría vano buscarle una explicación. Las avispas manifiestan inclinaciones análogas, y los armadillos, o sea los "peludos", también. Las arracimadas nidificaciones de las primeras ostentan a veces tamaños capaces de desfigurar una cruz o un bajo-relieve; las aficiones necrófagas de los segundos son harina de costal macabro.

Puede uno recrearse o afligirse con divagaciones sobre temas diversos. Las anteriores corresponden a ejemplares de zoología mínima, al margen de los "chasiretes", simpática variedad ésta de nuestra fauna humana. Desde lo alto de su belvedere, también Garibaldi suele entregarse a divagaciones sugeridas por los distintos tipos de fauna que, en el arco de su mirada, más allá o más acá de la cortina de fronda, se le presentan al frente, a la derecha, a la izquierda y muy de cerca, ahicito mismo en el suelo, circunscribiendo la mole de su caballo, simulacro equino de fauna bélica.

Para la imperfecta naturaleza de nuestra fauna humana, la risa de Garibaldi es inaudible; pero Garibaldi



Recuerdo de un domingo en el Zoológico

se ríe, homéricamente, de las sandeces que los chistosos dicen de su caballo y los opas de él mismo.

Los "chasiretes" le encantan a Garibaldi, lo emocionan, aunque de una emoción inadvertible como ocurre con sus carcajadas y sus monólogos. Garibaldi es uno de los personajes históricos más fotografiados de su tiempo; del tiempo en que las máquinas de retratar presentaban ese aspecto misterioso o mágico que no han perdido del todo hoy en día en las plazas del regocijo dominical; de cuando la imagen fotográfica sólo podía gestarse, en las entrañas del cajón prodigioso, por un vidrio enmarcado en soporte de chasis. Por ese chasis precursor se explica, pues, el mote de "chasirete" atribuido al fotógrafo de la moderna galería sin techo. Para ser exactos, dicho mote trae su origen de las primitivas cámaras de chasis múltiples, habiéndose extendido luego, por difusión proverbial, a los aparatos de otras construcciones que los profesionales prefieren llamar "minuterios" con significado de fotografía al minuto. Por tener relación más íntima con el mecanismo de la cámara y ser expresión más gráfica, aquí se seguirá optando por la denominación "chasirete" referida al dispositivo y quien lo maneja.

Préstase dócil y complacido Garibaldi, con su cabalgadura, haciendo de marco al cuadro, mientras el "chasirete" apunta su artificio, ya a la pareja de provincianos en viaje de bodas que desea documentar con un retrato al minuto y para la admiración de parientes y vecinos, volviendo al pago, su rumbo por la Capital; ya al concripto que, para suscitar celos en los camaradas y crearse fama de don Juan, recurre a la complicidad del "chasirete" cada vez con una sirvientita nueva (Plaza Italia: shan-gri-lá de la domesticidad franca y de la conscripción en asueto) a la que acaba de convidar con una porción de "muzzarella" y una Coca Cola; ora a él y ella, **hippies** ambos y flor de greñas, que, posando en intrincado abrazo, piden que el calor de sus arrullos, próximo al desenlace, se reproduzca en la fría abstracción del papel; ora a un grupo de inmigrantes patriotas, orgullosos de su prócer, a una familia al salir de una churrasquería, a un cochecito con murmullos de criatura, remedando, en clave de inocencia, el ronco parlotear de columbinas ternuras.

Se magnifica en el ademán épico la estampa de Garibaldi y el brío de su caballo, cuando jinete y corcel cesan de constituir escenario de fondo sirviendo a representaciones de actores efímeros para convertirse

en primeras figuras de eventos memorables ante los objetivos, no ya de "chasiretes", sino de turistas y "mochileros" en busca de panoramas para sus diapositivas. Y la actitud dócil y complaciente con que Garibaldi favorece a los "chasiretes" termina de ser tal adquiriendo contornos de imperioso desafío.

Como telón de fondo, protagonista de hazañas, amigo de "chasiretes" e imán de palomas, lo vemos pues a Garibaldi en su pedestal de Plaza Italia. Como espectador que, entre una evocación y una divagación, atiende a la fauna humana y la irracional que transita por el semicírculo de su visión: al frente, a la derecha y a la izquierda conforme se ha indicado, queda todavía algo por considerar, haya o no haya "chasiretes" presentes. Fomentan por igual las reminiscencias garibaldinas los tres sectores que forman esa exedra ideal y corresponde a la Rural, al Zoológico y al Botánico. Cuando no lo reclamaban las armas en América e Italia, Garibaldi se ocupaba de ganadería. Y aprendió a cabalgar, él marinero, en Entre Ríos, con caballos autóctonos, aunque el caballo que lo acompaña ahora no tiene nada de criollo. ¿Cómo, entonces, durante sus meditaciones, podría descuidar, negándole atención a ese ruedo nacional de espectaculares certámenes pecuarios en los que se brega por la mayor espectacularidad de los poderosos costillares, amigos de nuestra mandíbula, y los mofletudos **baby-beef**, halago de paladares extraños? Interdicción para los "chasiretes" en el recinto de la Rural.

Con respecto al Botánico, jardín y templo en que se rinde culto a Flora, no son precisamente las plantas exóticas allí clasificadas, ni los pájaros de los árboles o los peces del estanque, en suscitar recuerdos en el espíritu de Garibaldi. Lo que promueve su emocionado retorno al pasado es una reproducción en bronce de la Loba del Capitolio a la que Garibaldi adivina entre el verdor de los setos, muy entretenida en amantarse a los mellizos de la leyenda romana. Esta loba humanitaria es el símbolo de Roma, y para Garibaldi Roma fue blanco constante de sus más encendidas reivindicaciones nacionales. Porque la loba lo tiene absorto, ninguna atención le presta al "chasirete" en tren de reproducir a los dos enamorados que, teniendo de las manos, mirándose en los ojos y languideciendo de suspiros, han elegido el respaldo escenográfico de la blanca estatua de ninfa desnuda que surge de las aguas del estanque como Venus de la espuma del mar.



Garibaldi, amigo de "chasiretes", imán de palomas ...

## Los "CHASIRETES" de PLAZA ITALIA

El hecho de que los pensamientos de Garibaldi, no sean accesible a la captación del común de los mortales, no obsta para que se los pueda detectar, cómplice o no el "chasirete", por el estro de quien escribe. Lo arbitrario de la invención no siempre atenta a la lógica de la hipótesis. Parece que Garibaldi, ocupadísimo desde un principio en forjarse una naturaleza azarosa, nunca tuvo tiempo de ser niño. No pudiendo revivir puerilmente su niñez, como revive ardorosamente su vida de aventuras, mira no obstante a los niños con ternura de padre, ya que buen padre fue varias veces. No recuerda haber acompañado alguna vez a sus hijos a una alegre **kermesse** infantil parecida a la que se le ofrece a la vista. Igual que a él, la infancia se les escurrió a éstos entre contingencias y desasosiegos. El melancólico reproche que aflora del fondo del alma de Garibaldi se confunde con la ternura que le inspira el espectáculo de esa **kermesse**. En día de sol el Zoológico no es más que una **kermesse**. O un festival del que participan, en multisona y policroma jocundidad, niños, padres de niños, otros animales del Arca, tiouvivos, globos en flotación, galletas y aráquides en masticación, "chasiretes" en función. Vigilándolo todo, el ceño adusto de Sarmiento, el amigo de los niños, de las plantas, de los animales. Ahora Garibaldi sonríe. En los contradictorios juicios emitidos por el sanjuanino acerca del nizado, el bueno de Sarmiento dijo en cierta ocasión: "Garibaldi vino al Río de la Plata en momentos supremos, en que se batían los de aquí y los de allá por alcanzar grandes conquistas de derecho; y el alma heroica de Garibaldi debió apasionarse con el espectáculo y pedir servicio". Garibaldi: "**Bontá vostra, don Faustino!**".

Los "chasiretes" de la circunscripción de Plaza Italia son exactamente diez y siete: ocho alrededor del monumento a distancias convenientes, ocho diseminados por el Jardín Zoológico, uno en el Botánico. Son casi todos italianos, meridionales en su mayoría, según se me informa. De la mitad de ellos aproximadamente que he podido ver, sólo he encontrado un genovés, Pancho Piccardo, que ocupa un lugar de privilegio delante mismo de Garibaldi. Más, al parecer, la especialidad de sus medallones "disparados" con el "cañón" de procedencia alemana, no le rinde como para satisfacerlo. En el Zoológico, Mario Cervi, oriundo de Campobasso, trabaja bien y tiene ayudante con oficio de cajero y de relaciones públicas. ¿Qué me dicen? Una foto 200 pesos, tres por 300. Y las colorea a la acuarela por 50 pesos adicionales cada una. Es fabricante de su propia cámara. Cuando no hay Zoológico, trabaja de carpintero. Igual suerte que la de don Mario no lo favorece al único "chasirete" del Botánico, un viejito beneventano, con puesto a la entrada misma del jardín. Es como si los paseantes no se dieran cuenta de su existencia. Desfilan indiferentes al entrar y al salir. Se trata de un público distinto del que deambula por el zoológico. En un lapso de tiempo bastante holgado pude comprobar que le hubiera convenido más trasladarse hacia el estanque de la ninfa lugar más propicio para los sentimentalismos fotográficos.

De tarde, cuando el sol le ilumina a Garibaldi el costado izquierdo, Luis Anselmo afirma, y le doy la razón, que, pese al estorbo de los árboles, mejor vista ofrece al grupo ecuestre del otro lado, con el sol de la mañana. Don Luis es justamente el "minutero" (que no se le diga "chasirete") del lado izquierdo, ubicado con el sol de poniente. Napolitano ameno y dicharachero, si uno quisiera entretenerse con él, sería capaz de desenfundar todo un repertorio de anécdotas festivas relacionadas con sus clientes.

La garrulería de don Luis no puede impedir mi distracción de un momento. Los resplandores del ocaso en degradación seguirán bañando por poco todavía esa maravilla de creación plástica metamorfoseada en palomar. La extensa capa de guano depositada en la carona va adquiriendo una deliciosa tonalidad de oro. ¡Qué bien vendría una repasada de manguera!